

## UNA ISLA Y SU SOMBRA SAN BORONDÓN EN LA PRENSA DECIMONÓNICA DE LA PALMA

*José Eduardo Pérez Hernández*

[...] ¿En dónde hallaré lo que falta á mi patria?

Y estaba escrito en el libro:

«En la isla de *San Borondon*». [...]

Bachiller Sancho Sánchez

*El Time*, Santa Cruz de La Palma, febrero 1865.

### INTRODUCCIÓN

La forja en el imaginario colectivo occidental de una fantástica, oculta e inexplorada isla atlántica, conocida desde los tiempos modernos como *San Borondón*, ha sido producto de la prolongada confluencia de fábulas antiguas y medievales, desarrolladas a partir de una difusa semilla pseudo-histórica. La existencia cierta del monje cristiano irlandés San Brandán y de su misterioso viaje oceánico, emprendido en el siglo VI para evangelizar desconocidas tierras con otros compañeros, fue alimentada con mitos clásicos, leyendas célticas, tradiciones cristianas, cuentos orientales y fantasías de los cronistas de entonces;

de todo lo cual emergieron supuestas y maravillosas islas aquí y allá en la geografía atlántica<sup>1</sup>.

La vinculación de esta isla misteriosa con el Archipiélago Canario arranca de las crónicas latinas de Plinio, quien ubica entre las islas afortunadas una denominada *Aprósitus* o inaccesible, sobre la cual se injerta posteriormente la creación medieval y moderna de San Borondón; isla que, avistada periódicamente en el horizonte marino al Oeste de la islas canarias de La Palma y El Hierro, dio pie no sólo a creer en la realidad de aquella, sino también mandar a su encuentro hasta cuatro expediciones durante los siglos XVI al XVIII<sup>2</sup>.

El siglo XVI supuso un fuerte empuje al fenómeno de San Borondón. Se tienen noticias de al menos once avistamientos y/o arribadas a la isla encubierta, lo que, para algunos autores, no ha de extrañar si se considera en el contexto del Quinientos, Era de los Descubrimientos y de los «hombres aventureros, que están inmersos en la mística y religiosidad de una Europa en los albores de la modernidad»<sup>3</sup>. Lo cierto es que hubo en aquella centuria movimientos serios en busca de San Borondón: dos Capitulaciones para su conquista en c.1526 y en 1537<sup>4</sup> y dos expediciones infructuosas con rumbo al Oeste de las Canarias, la de Fernando de Troya y Fernando Álvarez desde Gran Canaria en 1526, la de Fernando de Villalobos desde La Palma en 1570.

Esta —llamémosla— etapa de la credulidad se prolongó hasta la primera mitad del siglo XVIII, y aún contó con otras dos expediciones de búsqueda conocidas, impulsadas por los testimonios oculares desde La Palma. En agosto de

1. BENITO RUANO, Eloy: «La leyenda de San Brandán», en *Revista de Historia Canaria*, tomo XVII, La Laguna (Tenerife), 1951, pp. 35-50.
2. BENITO RUANO, Eloy: *La octava isla. San Borondón en Canarias*. Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica, n° 224, Madrid, 1950, pp. 24. El autor apunta la hipótesis de que las islas de exóticos nombres que se supone visitó Brandán en su periplo oceánico, no fueran otras que las Canarias, en base a ciertos indicios de presencia cristiana prehispánica, que dejó una impronta en el pueblo guanche y que, diez siglos después del monje viajero irlandés, aún pervivían en forma de las prácticas pseudobautismales de las sacerdotisas o *Harimaguadas* aborígenes, descritas por los cronistas de la Conquista. Vid. BENITO RUANO, Eloy: «Cartografía canaria de la isla de San Borondón», en *v coloquio de Historia Canario-Americana y coloquio internacional de Historia Marítima* (1982), tomo IV, Las Palmas de Gran Canaria, 1985, p. 148.
3. BRUQUETAS DE CASTRO, Fernando y TOLEDO BRAVO DE LAGUNA, Luisa: «San Borondón (El contexto socioeconómico de la expedición de 1721)», *Vegueta* n° 2, Universidad de Las Palmas, 1995-1996, p. 66.
4. Vid. los artículos de MARTÍN ACOSTA, Emelina: «La Capitulación de Francisco Fernández de Lugo para conquistar San Borondón», en *x coloquio de Historia Canario-Americana* (1992), tomo II, Las Palmas de Gran Canaria, 1994, pp. 280-296; y «Capitulación de Gabriel de Socarrás para la conquista de la isla de San Bernardo (San Brandán o San Borondón)», en *Revista de Historia Canaria* n° 178, La Laguna (Tenerife), 1996, pp. 129-149.

1604, el piloto palmero Gaspar Pérez de Acosta y el fraile franciscano Lorenzo Pinedo partieron de Santa Cruz de La Palma en su busca, mas inútilmente, a pesar de haber fijado su supuesta ubicación con toda exactitud, «*á los 28 grados y 53 minutos de latitud y 358 grados[sic] y 31 minutos de longitud, demarcandola y demorandola de los pueblos de Tijarafe y Puntagorda, según se presentaba á la vista, Norueste cuarta al Nordeste su centro; la punta del sur al Oesnorueste; y al Nornordeste la del norte*»<sup>5</sup>. La última expedición de que se tiene noticia fue la del Capitán Juan Fernando Franco de Medina, que salió de Santa Cruz de Tenerife en 1721, fracasando igualmente<sup>6</sup>.

Aproximadamente desde el segundo Setecientos comienza la etapa del expectionismo respecto a la isla de San Borondón. Todavía sus avistamientos desde La Palma en 1769 y 1770 mantendrán la fe popular, ya quebrada entre las élites ilustradas. Un caso representativo de éstas últimas es el clérigo isleño José de Viera y Clavijo, para quien la mítica isla no es real y sí un fenómeno natural, aunque duda qué clase de ilusión óptica pueda ser<sup>7</sup>. Las dudas, no obstante, se extinguen en el siglo XIX, pues se impone definitivamente la teoría del espejismo. Así, al cronista decimonónico finisecular Juan Bautista Lorenzo Rodríguez le parece «indudable» su semejanza con la isla de La Palma, revelando que San Borondón es la imagen de aquella reproducida por una nube «en quien se hace la impresión»; «*actualmente —concluye— se le ve con mucha frecuencia y si bien todos la distinguen con el nombre de ‘Isla de San Borondón’ que desde antiguo se ha venido dando á esta visión óptica, nadie cree en su existencia*»<sup>8</sup>.

Estas palabras del cronista palmero inducen a pensar que la práctica ausencia de noticias escritas sobre avistamientos de San Borondón en el siglo XIX, a pesar de verse aún con «mucha frecuencia», obedece a que su antiguo misterio ha desaparecido y, en consecuencia, también el interés popular en el asunto.

5. LORENZO RODRÍGUEZ, Juan Bautista: *Noticias para la Historia de La Palma*, tomo II, IEC-Excmo. Cabildo Insular de La Palma, 1997, p. 402.

6. Más que una fe ciega en la empresa, a juicio de F. Bruquetas de Castro y L. Toledo Bravo de Laguna, la motivación de la expedición fue producto de la desesperación por hacer frente a la virulenta crisis económica que azotaba a Canarias en aquellos años. Se confiaba que el descubrimiento de San Borondón resolviera los sufrimientos de la población isleña. Cfr. *Op. cit.*, p. 70.

7. La teoría de que sea una imagen de la isla de La Palma refractada por una nube especular, sostenida en que «entre los canarios siempre se ha comparado la perspectiva de San Borondón a la de La Palma, por tener los mismos cortes, arranques, concavidad o ensilladura», le parece más brillante que sólida, preguntándose qué clase de fealdad condena a las demás islas Canarias a no tener también un espejo en que mirarse. Cfr. VIERA Y CLAVIJO, José: *Historia de Canarias*, tomo I, ed. de Antonio Bethencourt Massieu, Islas Canarias, 1991, p. 63.

8. LORENZO RODRÍGUEZ, Juan Bautista: *Op. cit.*, tomo II, p. 403.

Sin embargo, tan estrecha y secular vinculación entre las islas de La Palma y de San Borondón, que incluso quedó reflejada en la toponimia isleña<sup>9</sup>, no pasó inadvertida a la sensibilidad romántica —como es sabido, de tardío desarrollo en Canarias—, siempre interesada en rescatar del olvido las viejas leyendas locales. No extraña, pues, que sea el periódico tinerfeño *El Guanche*, uno de los vehículos de expresión de la segunda generación romántica canaria, el que dé, acaso, la única publicidad de su época sobre un supuesto avistamiento de San Borondón en octubre de 1865<sup>10</sup>; ni debe sorprender tampoco que en La Palma, casi simultáneamente, sea Antonio Rodríguez López, máximo exponente del Romanticismo isleño, quien recupere la leyenda sanborondoniana en la páginas de su periódico *El Time*.

Mezclando erudición y fantasía, el literato palmero dará la pauta que posteriormente seguirán otros periodistas de la isla; esto es, utilizar a San Borondón como idóneo comodín para la crítica política y social en el terruño, aprovechando su popular representación de imagen en el espejo, sombra, o hermana gemela espectral de la isla palmera. Es significativa la presencia de la mítica isla en la prensa palmense entre los años 1865 y 1880, decayendo después casi por completo, y ello se explica por la pervivencia de la sensibilidad romántica más allá de su años de pureza (la década de 1850 en La Palma). En este sentido, no es casual tampoco que los periódicos que recurren a San Borondón —*El Time*, *El Clarín* y *La Asociación*— sean los más liberales y progresistas de su tiempo. El primero y el tercero de los citados fueron dirigidos por los supervivientes románticos Antonio Rodríguez López y Faustino Méndez Cabezola.

En las páginas siguientes, el lector descubrirá un significativo juego de comparaciones entre una y otra isla, repleto de alusiones más o menos directas sobre asuntos que entonces despertaban no pocas susceptibilidades y que, además de resultar una lectura amena y aleccionadora para el público de la época, permitía a los periódicos palmeros lidiar a la restrictiva censura decimonónica con algo más de desparramo. Asimismo, siempre con el trasfondo de la crítica y de la ironía, el lector conocerá de qué manera se recrea el paisaje de la isla misteriosa, su civilización imaginada y algunos de sus peculiares habitantes: el

9. En el Oeste y Norte de la isla de La Palma, al menos. Existe en la actualidad un punto denominado «San Borondón» en Tazacorte y existía en 1875 un paraje llamado «San Borondón» en Los Sauces ( San Andrés y Sauces).Cfr. respectivamente, DÍAZ ALAYÓN, Carmen: *Materiales toponímicos de La Palma*. Ed. Cabildo Insular de La Palma, 1987, p. 125; Archivo de Protocolos Notariales de La Palma, Cristóbal García Carrillo, 1876, legajo 2º, folio 640 recto.

10. BENITO RUANO, Eloy: *La octava isla...*, p. 14. No obstante, no he encontrado tal noticia en su colega romántico *El Time*. De hecho, no he encontrado noticia alguna de avistamiento de San Borondón en los periódicos decimonónicos palmeros.

gigante Milduo, el enano Palmerín, el anciano Parlante Veritátum, el Quídam, los mochuelos, los gatos parlantes Micifús y Zapirón, el mago Merlin ... hasta el insigne e inmortal Cervantes.

## 1. VIAJE DEL BACHILLER SANCHO SÁNCHEZ A SAN BORONDÓN (1864)

Un día, a principios de febrero de 1865, los lectores del periódico *El Time* (Santa Cruz de La Palma, 1863-1870) se toparon, en la Sección de Variedades de sus páginas interiores, con la crónica inicial de un viaje extraordinario a la célebre y escurridiza isla de San Borondón, cuya narración proseguía a lo largo de quince capítulos, de manera intermitente, en los números posteriores del semanario hasta fines del mes de julio<sup>11</sup>. El protagonista y relator de los hechos, el estudioso palmero Sancho Sánchez, acababa de regresar sano y salvo de aquella aventura, trayendo una buena nueva, verdadera primicia para los tiempos contemporáneos: «*Pedro Vello y Marcos Verde no fueron unos solemnes impostores como se ha creído. San Borondón existe: la he visto con mis propios ojos, la he tocado con mis pies*».

Naturalmente se trata de un viaje imaginario, en clave de humor, sátira e ironía, con un autor intelectual, un procedimiento y una intencionalidad concreta.

### 1.1. Quién, cómo y por qué

Detrás de la máscara «El Bachiller Sancho Sánchez» aparece el escritor romántico palmero Antonio Rodríguez López (1836-1901), a la sazón director y casi exclusivo redactor del antedicho periódico. El personaje del bachiller repre-

11. Bachiller Sancho Sánchez: «Sección de Variedades// Bachillerías de una bachiller/ Viaje a la isla de San Borondón», *El Time* de Santa Cruz de La Palma, n° 81, 5 de febrero de 1865, pp. 2-3; n° 82, 12 de febrero de 1865, pp. 3-4; n° 83, 19 de febrero de 1865, pp. 2-3; n° 85, 5 de marzo de 1865, pp. 2-3; n° 86, 12 de marzo de 1865, pp. 2-3; n° 87, 19 de marzo de 1865, p. 3; n° 95, 28 de mayo de 1865, p. 3; n° 96, 4 de junio de 1865, p. 3; n° 98, 18 de junio de 1865, pp. 2-3; n° 100, 2 de julio de 1865, p. 3; n° 102, 16 de julio de 1865, p. 3; y n° 104, 30 de julio de 1865, p. 3. Una enfermedad del autor explica el lapsus de tiempo transcurrido entre los números 87 y 95 (dos meses), en que se interrumpió la publicación del relato. Al proseguirlo, Rodríguez López dedicó el capítulo x a justificar su ausencia. Dio a entender que el texto no estaba acabado, pues iba redactando los capítulos sobre la marcha para su inmediata publicación en el periódico. Una manera más de imitar a su admirado José Zorrilla.

senta una especie de proyección astral del hombre cuyo cuerpo jamás salió de la isla natal —por tanto sólo cursó estudios primarios—, y cuyo rico mundo interior alimentó de una erudición autodidacta. El amor incondicional por su isla lo demostró poniendo su talento —digno de más universales empeños y alabanzas— al servicio prioritario de las mejoras materiales y culturales del terruño.

Rodríguez López fue el primero en rescatar del olvido a la mítica isla de San Borondón para su utilización en la prensa isleña del Diecinueve, a modo de alter ego de la isla de La Palma, o también como su imagen invertida en el espejo —aprovechando la asentada tesis del espejismo—, y así tocar con amenidad temas difíciles de digerir que afectaban a la isla palmera. De esta manera ingeniosa, pues, nuestro hombre trató de lidiar a la opresiva censura oficial de los años finales del reinado isabelino, máxime en un semanario como *El Time*, de carácter no político, al que le estaba vedado este espinoso terreno.

El fantástico viaje a la cómplice San Borondón descubre, envuelto en un rico ropaje literario, la idea original del romántico palmero sobre los males que atacan a su isla, en su opinión derivados del malhadado bibanderismo político que divide a sus paisanos, al cual opone un mensaje de unidad que permita a La Palma alcanzar su prosperidad. Esta misma idea la expuso sin ambages poco después en un folleto titulado *Democracia sin partido* (1866), que abogaba por una Democracia fraterna basada en el sufragio universal, la abolición de todo privilegio, la caridad, las libertades de asociación e imprenta... y la extinción de los partidos políticos<sup>12</sup>.

Estas «Bachillerías de un Bachiller / Viaje a la isla de San Borondón» rezuman imaginación, inspirada en variopintas influencias que abarcan desde los clásicos latinos (*Las Metamorfosis* de Publio Ovidio), a los clásicos renacentistas (muy clara la de *Don Quijote*, en la forma de presentar los capítulos y en el contenido; también, el autor menciona a Alonso de Ercilla), pasando por alguna figura del Romanticismo francés (Vizconde de Arlincourt) y , sobre todo, los capítulos dedicados a la misteriosa isla por los historiadores canarios de los siglos XVII y XVIII (Abreu Galindo, Núñez de la Peña, Del Castillo, Viera y Clavijo).

12. Para nuestro hombre, el partido político es antidemocrático porque destruye los principios básicos de la Democracia: la caridad (el partido es división y odios entre las familias), la igualdad ( el partido consta de dos rangos, los que mandan y los que son mandados) y la libertad (un comité despótico impone su voluntad a los afiliados). Cfr. RODRÍGUEZ LÓPEZ, ANTONIO: *Democracia sin partido. Elementos para un libro*. Imp. de El Time, a cargo de Pedro Guerra, Santa Cruz de La Palma, 1866, p. 40.

## 1.2. Geografía física de la mágica isla

Nuestro bachiller, que sólo anhela hallar el remedio para las dolencias que aquejan a La Palma, consultando cierto libro mágico de medicina (no da más datos), por casualidad descubre que la respuesta a su inquietud se encuentra en la isla de San Borondón. Y decide emprender viaje hasta ella, no sin antes hacer su testamento, temeroso de no regresar, pues recuerda «*lo problemático de la existencia del país san-borondoniano, y [...] la narración que de su peligroso acceso nos han dejado los navegantes*». Así pues, a finales de noviembre de 1864, provisto de una maleta con ropa y su álbum de viaje, sale del puerto de Santa Cruz de La Palma para el de Santa Cruz de Tenerife, donde le aguarda el Vapor *Imaginación* que ha de intentar conducirle a «*la encantada isla non trubada*» (esto es, paradójicamente, «a la que no se puede llegar»).

Hemos dicho que a la altura del siglo en que Sancho Sánchez inicia su expedición, había ya arraigado la teoría de la ilusión óptica para explicar los periódicos avistamientos de una masa de tierra, treinta o cuarenta leguas al Oeste de la isla de La Palma. Así no resulta extraño que la mente romántica que guía al bachiller viajero no imite a sus verdaderos antecesores palmeros (Villalobos en 1570 y Pérez de Acosta / Pinedo en 1604), y trace la singladura del *Imaginación* desde Tenerife hacia un lugar indeterminado al Norte-Noroeste del Archipiélago Canario, como se verá. Rodríguez López se deja seducir por las aventuras legendarias de los monjes evangelizadores San Brandán y San Maclovio en el siglo VI, raíz de las posteriores elucubraciones, que reflejan los mapas medievales, sobre las ubicaciones posibles de ciertas islas desconocidas en el Atlántico, luego sintetizadas en la de San Borondón. En consecuencia, tiene un amplio espacio oceánico donde elegir una alternativa: Desde el Oeste de Irlanda al Este de Cabo Verde, pasando por el Norte de Madeira<sup>13</sup>.

A comienzos de diciembre de 1864, el Vapor leva anclas. Durante los primeros días, la travesía resulta incierta y hasta aburrida para nuestro hombre. A pesar de que «*cruzaba el vapor el océano en todas direcciones*», la famosa isla no aparecía. Hasta que, en la noche del 10 de diciembre, un violento temporal desatado pone al buque en peligro de naufragar, haciéndole embarrancar en el islote desierto de Salvaje Grande. Este dato aclara, al fin, la derrota que ha tomado el Vapor *Imaginación*, pues se trata de la mayor —apenas una milla de longitud— de tres rocas inhóspitas conocidas por Las Salvajes (las otras dos son

13. Vid. MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Marcos: *Canarias en la mitología. Historia mítica del Archipiélago*. Ed. Cabildo Insular de Tenerife - CCPC, Santa Cruz de Tenerife, 1992, p. 96.

Pitón Grande y Pitón Pequeño), que se sitúan entre las islas Canarias y la de Madeira. Al siguiente día, los expedicionarios consiguen que el barco se haga de nuevo a la mar y prosiguen viaje, sin especificar el rumbo. Dos días después, el 13, tras avistar extrañas aves y flotando unas ramas de árboles desconocidos para la ciencia, a través del catalejo aparece una silueta de tierra en el horizonte, recortada sobre un cielo limpio y sereno: «¡Hela ahí! —exclama el bachiller entusiasmado— ¡hela ahí! ¡la isla mágica, la isla inaccesible, la nunca bien ponderada San Borondón!».

En el momento de describir el aspecto general de San Borondón, el escritor palmero no improvisa, sino que compendia lo dicho por los cronistas del pasado. El punto de originalidad está en las intencionadas alusiones y comparaciones que hace entre la isla descubierta y su isla natal, cargadas de juegos de palabras e indirectas al buen entendedor sobre la realidad política y social de ésta. De modo que, mientras el Vapor se aproxima, a golpe de vista «la figura de la isla en algo se asemeja á la Palma, razón por que algunos han creído si es su misma sombra». Como la isla palmera, San Borondón figura dividida en dos, pero rápidamente apostilla: «Geográficamente, no lo vayan á tomar ustedes por los serio». Dos montañas se elevan en los extremos de la isla y en el centro una quebrada «cubierta de bosques vírgenes, en lo cual no se parece á la Palma, cuyos montes á fuerza de perder ramas, más que vírgenes son rameras».

La denuncia de la abusiva explotación de los montes palmeros no podía faltar aquí, ya que, como el lector verá más adelante, este tema social tiene su lugar en las crónicas sanborondonianas de la prensa insular del Diecinueve. Sin embargo, en este particular relato queda subsumido en el objeto principal de crítica: la encarnizada lucha de los bandos políticos en La Palma, enmarcada en el sistema caciquil, que impone el juego sucio electoral.

«Al querer acercarnos —sigue recordando el bachiller—, notamos cierta repulsión, como si la fuerza de las corrientes nos rechazara de la riberas de la encantada tierra». El literato palmero tuvo presente la curiosa teoría de la piedra y la paja en el arroyo de aguas rápidas, así como la de las corrientes marinas en relación con los ciclos lunares, que el historiador Abreu Galindo ideó en el siglo xvii para explicar por qué apenas había sido abordada por buque alguno una isla de cuya existencia no dudaba y que situaba con exactitud en el mapa, precisamente en una zona de no escaso tráfico marítimo<sup>14</sup>. Al margen de estas explicaciones

14. ABREU GALINDO, Fr. J. de: *Historia de la conquista de las siete islas de Canaria* (introducción, notas e índice por Alejandro Cioranescu). Eds. Goya, Santa Cruz de Tenerife, 1977, pp. 343 y 346. Por estas «razones de peso», en vista de que los barcos de vela no podían con las fuerzas que les impedían acceder a San Borondón, Rodríguez López se sirvió graciosamente del progreso de su tiempo e hizo enfrentar a un buque de vapor con el problema, exitosamente por supuesto.



pseudocientíficas, Abreu Galindo resolvía el enigma con un argumento de aplastante sencillez: la isla permanecía oculta e inaccesible por voluntad divina.

Forzando máquinas, el Vapor lograba vencer aquella resistencia y, ante ellos, surgía una línea de costa rodeada de «*descarnados escollos y traidores arrecifes, en cuyas peñas el mar, tranquilo al alejarse de la isla, se estrellaba con violento ímpetu y horrible estruendo*». Aquí el bachiller remedaba al navegante Marcos Verde, quien en el Dieciséis dijo haber recorrido las riberas de la isla hasta dar con un lugar apropiado para fondear; así también el *Imaginación* encontró al fin una pequeña ensenada, «*formada por la embocadura de un profundísimo barranco que hendía la isla en toda su anchura formando la quebrada central que de lejos se advierte*».

Asimismo, como los pilotos Bello y Verde, Sancho Sánchez saltaba a tierra en el ocaso de una tarde (13 de diciembre de 1864) y tal que aquellos, impelido por una repentina y misteriosa cerrazón y fuerte viento precursores de un recio temporal, se veía obligado a embarcar precipitadamente 24 horas después. No bien hubo abordado el buque, «*la niebla cubrió toda la tierra, y San Borondón desapareció repentinamente de nuestros ojos*», mientras el huracán alejaba al Vapor de allí.

### 1.3. La civilización sanborondoniana

Dejábamos a Sancho Sánchez ganando la playa, solo, pues la tripulación del *Imaginación* temía hacer noche en la extraña isla.

Ya en la playa descubre la boca de una gran caverna, de la que sale un «Goliat sanborondoniano» que, amable, le invita a su morada. Es el gigante Milduo, «*á quien resucitó el bienaventurado San Maclovio*» allá por el siglo VI<sup>15</sup>, quien ha conquistado los secretos de la inmortalidad y de la transmutación de los metales.

15. Abreu Galindo cita la leyenda: «Este dicho Maclovio resucitó a un gigante muerto; el cual, despues de bautizado, contaba las penas que padecían los judíos y paganos, y de ahí a poco tornó a morir, en tiempo del emperador Justiniano». Cfr. ABREU GALINDO, J.: *Op. cit.*, p. 337. Esta es una de las leyendas cristianas que sazonan el mito clásico de una inencontrable isla atlántica, más tarde convertida en San Borondón. Tal adición de fábulas y mitos de diversas procedencias multiplicó los nombres y ubicaciones de fantásticas islas perdidas en el océano Atlántico. Una de estas denominaciones fue la de Isla de los Gigantes, la cual tuvo algún viso de perdurar más allá del medioevo, tras lo manifestado por el portugués Pedro Bello a su vuelta de la supuesta San Borondón en el siglo XVI, es decir, haber encontrado allí huellas de pies humanos de doble tamaño a las normales [cfr. CASTILLO, Pedro Agustín del: *Descripción histórica y geográfica de las islas Canarias*. Tomo I, ed. Gabinete Literario de Las Palmas, Madrid, 1948-1960, p. 2698] Sin duda, Antonio Rodríguez López absorbió todo este bagaje mitológico.

Dotado del poder mágico de visualizar los acontecimientos pasados, presentes y futuros, el gigante hace una demostración a su invitado: Extrae de una baraja una sota de oros y otra de copas, que una vez fuera del mazo cobran movimiento y comienzan a hablar entre sí ... de las vicisitudes que padece el periódico *El Time* en La Palma. El pobre semanario —dicen— languidece por el descenso paulatino de suscriptores, zaherido desde los dos bandos políticos de la isla —*carboneros* o moderados, de enseña negra, y *cangrejos* o progresistas, de bandera roja—, unos y otros acusándolo de parcialidad en favor del contrario.

Tras pasar la noche en la gruta, el bachiller pasea por la isla acompañado por el gigante, encontrándose en el camino con un ser tan diminuto y raquítico que le provoca la risa. «¿De qué se ríe el palmerón? —pregunta molesto el enano— ¿qué en la Palma no ha visto V. cosas más pequeñas que Palmerín?». En efecto, Sancho Sánchez ha de confesar que así es, pero «las de por allá más causan dolor que risa». El gigante se despide y el bachiller continúa su paseo con el enano Palmerín. Al traspasar una colina, nuestro viajero queda maravillado ante la visión de una ciudad «hermosísima», pues hasta entonces creía estar en «una isla peñascosa y desierta, en donde si acaso, se encontraría una que otra choza». Su nuevo cicerone le explica que aquella es una de las que dan a San Borondón por otro nombre «la isla de la siete ciudades»<sup>16</sup>.

Antonio Rodríguez López incorpora otra de las leyendas cristianas que se entrecruzan en el mito de una misteriosa isla atlántica, ya que necesita un espacio civilizado para desarrollar a continuación su discurso satírico y moralizante.

Al entrar en la ciudad, se detienen primeramente en el edificio de la Imprenta, donde el bachiller ojea un número del semanario *Eco de San Borondón* —trasunto de *El Time*—, correspondiente al 18 de diciembre de 1864. Advierte que la autoridad ha hecho retirar el artículo editorial «*porque á la tal no le han sentado bien las verdades de Pero Grullo*»; lee denuncias sobre el estado de abandono de las calles y la indolencia del Inspector de Policía: El periodista palmero, disfrazado en el bachiller que comenta un periódico sanborondoniano y mediante juegos de palabras y dobles sentidos, dispara unas cuantas andanadas contra los males que percibe en la isla de La Palma, cuya «*bendita gente no se alimenta sino de esperanzas*»; donde hay «*grandes peleas de bandos de gallos, esas aves furibundas que tienen armas tan bajas, tan rastreras...*» y «*las ideas yacen por tierra pisoteadas*»; donde el pasterleo está a la orden del día, la

16. Se trata de otra de las fantásticas islas imaginadas en el océano Atlántico durante la Edad Media. En el siglo xv se creía que «cuando España fue invadida por los árabes, algunas familias portuguesas escaparon en sus naves y arribaron a una nueva tierra, donde siete obispos fundaron otras tantas ciudades el año 734, descubiertas siete siglos después, en 1414". Cfr. BENITO RUANO, Eloy: «La leyenda de San Brandán...», pp. 47-48.

independencia no existe, las verdades que se publican cuestan «*á enemistad cada una*», los votos se empeñan y el patriotismo es «escasísimo».

Más cosas. En las calles de la ciudad sanborondoniana el palmero descubre ominosos paisajes que le son familiares, tales que las pieles de bueyes extendidas al aire libre y una carnicería que vende sólo huesos; otros, a su pesar, no existen en su terruño: un Teatro de reciente fábrica o una Iglesia Parroquial —descrita interiormente como la Matriz de El Salvador de Santa Cruz de La Palma— que ha erradicado las tarimas, vergonzosos vestigios de un pasado de privilegios y ostentación.

Los paseantes retornan a la caverna del gigante Milduo para almorzar. En ella quedan de tertulia el gigante y el bachiller, mientras Palmerín conduce a la antedicha ciudad al piloto y cuatro marineros del Vapor, que acaban de saltar a tierra. Milduo está admirado de que en el mundo exterior se dude de la existencia de San Borondón, «*en unos países en que pasan tantas y tan grandes ruedas de molino*». Sancho Sánchez aborda con su anfitrión la razón que ha impulsado su viaje a la isla: «*Comprender qué es lo que falta á la Palma*».

La magia de Milduo se despliega en resolución de «tan extraño enigma»: Primero, transforma la gruta en reluciente sala palaciega de cristal, jaspero, nácar y marfil, en cuyo centro emerge una piedra cuadrangular de mármol negro, la *piedra filosofal*, que guarda el gran secreto. Después, hace aparecer un gran espejo encantado sobre una pared cristalina, en el cual ocurre la extraña visión de una piñata de carnaval, metáfora de la lucha electoral en La Palma. Dos comparsas de máscaras —una con caretas negras, otra con caretas rojas, «*y confundidas en ambas comparsas algunas máscaras con antifaz medio negro y medio rojo*»—, danzan alrededor de una piñata suspendida en el aire, tratando de alcanzarla y romperla, pero sin conseguirlo ninguna, estorbándose y finalmente agrediendo la una a la otra.

En este estado de cosas, Milduo ordenó al espejo encantado que mostrara el remedio para tal mascarada política, epidemial en la isla palmera. Surgió entonces la imagen de un templo cuyas campanas doblaban a muerto. Las comparsas detuvieron su lucha y arrojaron sus caretas al suelo, «*de modo que todos los Cangrejos y Carboneros quedaron convertidos en hombres*», se unieron amigablemente y juntos acudieron al funeral y entierro de Don GALO PARTIDO. Su tumba quedó sellada con un terrible epitafio: «*Execración al palmero que se acerque á despertarle de su sueño*». Y con él se sepultaron los «horribles espectros» de la vanidad, la ambición, la parcialidad, la bajeza, la intriga y la lucha. Con esto, la visión se esfumó, desapareció el palacio encantado y quedó sólo la cueva.

He ahí el gran sueño del romántico Antonio Rodríguez López: Todos los palmeros unidos, sin el estorbo de la lucha de partidos, trabajando hombro con hombro por el progreso de su isla.

Al poco tiempo de concluir la consulta mágica, un temporal en ciernes forzó al bachiller y la tripulación del vapor *Imaginación* a despedirse del gigante y del enano y, tras un día de estancia en San Borondón, partir precipitadamente.

En alta mar, ya lejos de la isla, el palmero soñaba con pisar de nuevo su tierra («dentro de pocos días, dentro de pocas horas tal vez, pues nadie sabe la situación de la isla mágica») y encontrar en ella cambios favorables: proyectos realizados, obras concluidas y, al fin, «me imaginaba á la Palma llegada á la cúspide de su prosperidad».

Después de «algunos días» de navegación, llegó por fin a La Palma, concluyendo su relato con un mensaje de despedida a los lectores:

[...] amigo lector, quédate á Dios y ten sabido que al concluir mi viaje siento harta pesadumbre en despedirme de tí, pues quisiera departir diariamente contigo; y bueno es que te enteres de este sentimiento mio, pues nadie sabe las vueltas que da la rueda de la fortuna, que á juzgar por lo que vemos maldito si hay quien pueda estar seguro de tenerla clavada no digo un mes pero ni aun un solo día; y día podrá llegar en que necesite de tu amistad para que te suscribas á mis obras. Adios otra vez, y medita bien en cuanto te he dicho, que magüer que en mala prosa escritas, verdades graves contiene, que á Dios pluguiese hubiera muchos que de ellas echaran cata y sacasen conveniente provecho.

## 2. LOS MONTES DE LA ISLA DE SAN BORONDÓN

La personalidad de *El Time*, primer periódico de la isla de La Palma, viene caracterizada por cierto idealismo, no en vano sus mentores son los dos últimos supervivientes de la genuina generación del Romanticismo en la isla (Antonio Rodríguez López y Faustino Méndez Cabezola). Así pues, como romántico paladín de las causas nobles, *El Time* tendrá uno de sus principales objetivos en la defensa de los montes palmeros, a su juicio seriamente amenazados de devastación por la acción del hombre.

Tal campaña periodística en favor de los bosques de la isla alcanzó su cenit entre mayo de 1867 y abril de 1868, período en el cual aparecieron diversos artículos editoriales sobre el tema, en particular combatiendo las talas abusivas e indiscriminadas impulsadas por el negocio de la exportación maderera. Y se hicieron concretas acusaciones en los sueltos de la planas interiores del periódico, sobre todo de embarques ilícitos de madera<sup>17</sup>. Con ello, *El Time* penetraba en

17. Por otra parte, nada nuevo. Véase, EXPÓSITO LORENZO, Marfa Gloria y QUINTANA ANDRÉS, Pedro: «Deforestación y contrabando: Los montes palmeros a fines del Antiguo Régimen (1799-1830)», en *x coloquio de Historia Canario-Americana* (1992), Las Palmas de Gran Canaria, tomo II, 1994, pp. 365-384.

territorio comanche, poniendo en jaque su propia subsistencia, pues había tantos intereses en juego que, al menos en dos ocasiones, sendos escritos sobre montes, publicados en aquel, fueron denunciados al Gobernador Civil de la provincia en noviembre y diciembre de 1867.

En este marco de combatividad y, al mismo tiempo, de extrema prudencia ante la asfixiante atmósfera que rodeó a la prensa española en los extertores del régimen isabelino, cabe situar la segunda incursión de un periodista palmero en el mito sanborondoniano. A fines del mes de agosto de 1867, José María Fernández Díaz (1806-1877), pequeño comerciante de Santa Cruz de La Palma y miembro de la redacción de *El Time*, publicó unas variedades con el título de «Los montes de la isla de San Borondón»<sup>18</sup>, un pequeño y ameno cuento que el viejo redactor situaba en la ciudad capitalina, un día del mes de julio de 1867. De nuevo las islas de La Palma y San Borondón se confundían, inseparables, la segunda como imagen de la primera en el espejo.

Dos amigos conversan por una calle de la ciudad: «*Si la cosa sigue como marcha actualmente con los cortes y embarques de madera de tea —dice uno al otro—, es más que probable que nuestros montes queden totalmente pelados en los pocos años que restan al presente siglo*». Esto que caza al vuelo nuestro redactor, apostado en una ventana de celosías, y queda tan preocupado «*pensando en el destrozo de los ricos montes de mi pobre tierra*» que, pese a tener entre sus manos la obra magna de Cervantes, es incapaz de concentrarse en su lectura y cae en un estado de estupor.

De pronto, percibe un ligero ruido de pasos y, al levantar la vista, descubre ante él un anciano de «regular presencia» y «medianamente vestido» (¿su alter ego?). Inicialmente sorprendido, pues recuerda que la puerta de su casa está atrancada, enseguida es tranquilizado por el visitante, quien dice llamarse Parlante Veritátum, nativo de San Borondón: «*Escuse usted preguntarme el cómo yo supe lo que pasaba en su imaginación, ni cómo me hallo á su lado sin abrir la puerta para ello. Bástele á usted saber de dónde soy para que entienda que los encantados participan de la nigromancia de los encantadores*».

Parlante Veritátum ha venido para hablarle de los montes de San Borondón (léase, La Palma): «*mi encantado pais —explica— tenía, quizá, los mejores montes de todo el archipiélago sanborondoniano [sic]*», respetados por las autoridades y habitantes de la isla<sup>19</sup>. Pero la aparición de los empleados de montes ha

18. J.M.F.D.: «Variedades/Los montes de la isla de San Borondón», *El Time* n° 198, S/CP, 30 de agosto de 1867, pp 3-4.

19. Recuerde el lector que un cronista canario del siglo XVII había descrito a la isla de San Borondón pobladísima de altos árboles hasta la misma costa. Cfr. ABREU GALINDO, J.: *Op. cit.*, pp. 342-343.

provocada una creciente destrucción forestal. Los «codiciosos especuladores» han encontrado la clave para multiplicar sus beneficios, consistente en colocar, invariablemente, un cero a la derecha de la cifra autorizada de árboles caídos —por causas naturales— para su aprovechamiento. De manera que donde se fija un remate de 60 árboles caídos, se derriban otros 540, «*destrozando un monte que quizá estuvo vedado en algún tiempo*».

De ahí viene el mal —prosigue el anciano de San Borondón— y no de unos cuantos infelices que salen de sus casas, antes que el sol de los brazos de aurora, en ayunas; van al monte á buscar un palo para con su producto desayunarse él, su mujer y dos ó tres párbulos despues que el astro de la luz se oculta. Allí [ en San Borondón = La Palma ] han solido quitar hachas y correas á esos desdichados, además del fruto de su trabajo, lo que yo califico de una crueldad atroz; y aun creo que eso lo han hecho, como quien dice, para cubrir el espediente, y yo les digo que eso es escupir hormigas y engullirse camellos.

No se puede hablar más claro. Estas categóricas denuncias de corrupción en ciertas esferas del poder local y de injusticia social en torno a los aprovechamientos forestales, planteadas aquí (tal vez con excesivo maniqueísmo) al abrigo de la locución del fantástico don Parlante, serán la que, repetidas en adelante sin adornos literarios y casi con nombres y apellidos, pongan en aprietos judiciales a *El Time*, si bien todas las causas criminales que le formaron en su contra durante sus siete años de vida (cuatro), siempre se resolvieron a favor del periódico.

Antes de desaparecer como apareció («*sin yo saber por dónde*»), Parlante Veritátum propone al periodista palmero una solución al problema forestal en La Palma, que aquel ya ha sugerido a la Sociedad de Amigos del País de San Borondón para enfrentar el suyo; esto es, aconsejar a la homónima de Santa Cruz de La Palma que propugne la prohibición absoluta de cortes de madera de pino para exportar, mientras no se concluya el deslinde de los montes.

### 3. SAN BORONDÓN Y EL DUELO PERIODÍSTICO DE FERNÁNDEZ DÍAZ

Algunos años después de la visita de don Parlante, José María Fernández Díaz tuvo necesidad de reanudar sus contactos con la isla de San Borondón. Esta vez en calidad de principal redactor del periódico *El Clarín* (Santa Cruz de La Palma, 1870-1872), de filiación cangreja, defensor del partido progresista-democrático o radical de Ruiz Zorrilla, enfrentado en duelo atroz y desigual con los tres destacados redactores de *La Trompeta* (1871-1872), carbonero, órgano del partido progresista-conservador de Sagasta, nacido para sonar más alto que

su oponente —de ahí su jocoso nombre—, al que combate sin tregua y sin nobleza.

Todo comenzó a raíz de las elecciones del 15 de marzo de 1871. *El Clarín* denunció graves ilegalidades cometidas en el segundo colegio electoral de Santa Cruz de La Palma que, a su juicio, invalidaba el resultado final. Como reacción, en abril apareció en escena *La Trompeta* para responder a su rival, iniciando una guerra cruenta de insultos y descalificaciones personales contra Fernández Díaz, que éste, más moderado, devolvía en forma de epítetos y afinadas alusiones irónicas y satíricas, de las mejores que ha dado el periodismo canario en el siglo XIX.

Para este empeño<sup>20</sup>, el viejo periodista palmero se sirvió con maestría de la encantada isla de San Borondón.

En agosto de 1871, «un quídam de San Borondón» escribe una larga carta a su amigo el viejo Jota, fechada en «*San Borondón á tantos del mes de la imprudencias del año de las calamidades*» y enviada «*por la vía encantada que tan admirablemente nos sirve de correo en nuestras encantadas correspondencias*»<sup>21</sup>. El objeto de la misma es dar consuelo y aliento al amigo «atrompeteado», zaherido sin piedad por sus enemigos. Como veremos, el quídam sanborondoniano es él mismo, la voz de su conciencia que le habla en su «encantado lenguaje» («*aunque no me entiendas, óyeme*» —le dice—, ya que los de San Borondón «*todo lo oímos aun antes que lo digan*»). Así pues, se trata del hombre «aburrido y sufrido» que se mira en el espejo para darse ánimos y devolver los golpes recibidos; de ahí el modo ingenioso en que Fernández Díaz aprovecha la misteriosa isla atlántica, imagen en el espejo o sombra de La Palma.

Después de todo, él es uno y sus enemigos «trompeteros» son tres: sus vecinos, prósperos comerciantes y propietarios, Manuel Mendoza Morales, a quien nuestro hombre designa con los apelativos de «maestro» y «joven de los doce lustros»; Nicolás de las Casas Lorenzo, el de la «elegante pluma» y su «gran léxico de los farragotes hidrofobiados»; y el jovencito Servando Pereyra García, reconocido en «el muchacho» e «inesperto trompeterillo», hijo del alcalde de la ciudad palmera. El trío de *La Trompeta*, no obstante, no intimida al

20. Aunque casi todas las apariciones de San Borondón en *El Clarín* se sitúan en el contexto de esta pelea periodística con el trasfondo de la lucha electoral por el poder político, al menos una vez fue empleada por nuestro hombre también para la irónica crítica social. En octubre de 1870, el supuesto servicio de telegramas del periódico ofrecía uno desde «San Borondón sin fecha», anunciando que el «Ministerio de Aseo Público de esta Metrópoli» había expedido gratis diplomas de la «i nsigne orden cerduna» a los vecinos de la calle de la Marina de Santa Cruz de La Palma, por el «bello y limpio» estado de la misma. Cfr. «Sonidos/ Uno interesante» (Sin firma): *El Clarín* nº 9, Santa Cruz de La Palma, 20 de octubre de 1870, p. 3.

21. Jota: «Sonidos», *El Clarín* nº 38, Santa Cruz de La Palma, 10 de agosto de 1971, p. 2.

quídám de San Borondón, pues vive en una tierra encantada «y por lo mismo *inviolable*», de modo que no se muerde la lengua y les reprocha el odio ciego e infundado que vierten sobre «el viejo mordaz» don Jota, sacando a la luz episodios más o menos vergonzantes de su pasado; tildándole además de ladrón y de «canalla harapienta» que sólo tiene trato social en las lonjas de pescado, en el astillero y con pescadores, «no más que con el objeto de hacer conocer que no vale nada». Esto último es lo más doloroso para su mentalidad de hombre antaño bien tratado por la fortuna, en los años felices de la industria sedera, y hoy venido a menos; su conciencia, pues, se rebela contra sus verdugos: «*Esa lógica, aquí en esta tierra encantada, la decimos lógica insolente, lógica de locos, lógica ruín, como los que la usan, y, en una palabra, lógica de presuntuosos mentecatos infatuados con su regular posición*».

Y después de desahogarse con aquellos que le denigran, Pepito Grillo o Quídám de San Borondón sopla al oído del viejo luchador consejos y palabras tranquilizadoras para su mentalidad pequeño burguesa torturada por el fantasma del perdedor, del socialmente fracasado al final de sus días:

No te desanimes, mi viejo Jota, en la marcha que has emprendido en la defensa de la verdad, que es la justicia misma. Tú eres una especie de mártir, porque siempre te ha cabido la negra suerte de estar al lado de los caídos por intrigantes manejos. Pero como defiendes la justicia, [...] denuncia los abusos que se cometan á sabiendas, que teniendo de tu parte la razón y no olvidando que el Mártir del Gólgota fue perseguido por los hipócritas, tus sinsabores serán endulzados; no lo dudes [...] toda esa baraúnda pasará, á la manera que pasan los torbellinos en las tormentas de la atmósfera; pero la verdad subsistirá siempre á pesar de los necios.

Sin embargo, la tormenta del trío trompetero no cesa y Fernández Díaz aún tendrá ocasión de emplear contra ellos toda la mordacidad que le permite el juego de San Borondón y su gran parecido con la isla de La Palma. Hasta aquí apenas ha fantaseado con tal paralelismo; tan sólo para decir que en aquella isla comían pescado salado, que se publicaba el «periodiquillo» *El Encantado* (o sea, *El Clarín*) y que igualmente tenían «un muelle en escombros incomodantes y una carretera en el último canto de la memoria», pues —concluía el quídám de San Borondón— «todas las cosas útiles á este país están casi tan encantadas como el mismo país»<sup>22</sup>. En adelante, va a ocupar todo el protagonismo, para lo

22. *Ibidem*.



cual le basta que su buen amigo el quídam haga un «viaje mental» a la sombra de La Palma.

Una tarde de domingo, 12 de noviembre de 1871, don Jota lee apaciblemente *El Universal* de Madrid, «verdadero» periódico progresista-democrático y el más citado por *El Clarín*, cuando recibe la visita del quídam, recién llegado de un viaje singular: «*Me transporté con el pensamiento á San Borondón*»<sup>23</sup>. «*Habrás estado muy divertido* —inquiere con ironía el curioso don Jota—, *porque todo lo que pasa en tan delicioso país es alegre, gracioso, instructivo y hasta edificante*».

Resulta que los habitantes de San Borondón son «mochuelos» y «*se asemejan mucho á murciélagos, porque son aéreos y terrestres*», pero «murciélagos» que hablan y hasta leen periódicos. De hecho, quídam encuentra a uno que está leyendo *La Trompeta*, sin que logre entender cómo tan «pulcro» y «verídico» papel ha podido llegar hasta allí. En este sentido, el mochuelo lector, en un lenguaje entendible, dirá al quídam que es una necedad fundar un periódico para «*improperar á un pobre diablo fuera de combate por sus años y por su triste posición, que no pretende otra cosa sino que las leyes se cumplan*».

Por lo demás, antes de regresar, el quídam observa burlón que, en la «desaseada» ciudad de aquella isla, ciertos mochuelos se reúnen exultantes en nocturnas fiestas pirotécnicas para celebrar un cambio de gobierno en Madrid (sin duda la salida de Ruiz Zorrilla y la entrada de Sagasta). Pocos meses después, una reacción eufórica, al parecer por rumores llegados a la isla sobre la caída del gobierno, produce consecuencias novedosas, transmitidas en verso para *El Clarín* «Desde San Borondón, por el encantado telégrafo submarino», entre vivas a la Constitución de 1869: *La Trompeta* ha dejado de publicarse y sus partidarios quedarán relegados en la nueva situación<sup>24</sup>. Sin embargo, en la Corte sólo tiene lugar una remodelación del gabinete Sagasta y, como respuesta, también una coalición de los partidos de oposición.

Aunque su periódico haya dejado de existir, la fuerza de los sagastinos prosigue. Por esta razón, el quídam creado por Fernández Díaz ha de viajar otra vez a San Borondón en marzo de 1872. En esta ocasión va revestido de autoridad, cual delegado del Gobernador Civil capacitado para hacer y deshacer a su antojo en la elección municipal de «*la ciudad samblondiana, capital de la isla*». A su vuelta y a pesar de que «*los que están en San Borondón saben todo lo que aquí pasa*», don Jota se apresura a contar a su amigo las trampas e ilegalidades des-

23. J.M.F.D.: «Diálogo suelto entre el quídam y don Jota», *El Clarín* n° 48, Santa Cruz de La Palma, 20 de noviembre de 1871, p3.

24. *El Clarín* n° 56, Santa Cruz de La Palma, 20 de febrero de 1872, p. 4.

plegadas en los preliminares para la elección municipal en Santa Cruz de La Palma, que ha motivado el retraimiento en la lucha del comité progresista-democrático. Ante lo que escucha, el quídam no puede menos que aplaudir el gesto de «los verdaderos liberales» al no secundar la pantomima de «*los conculcadores de las leyes, que tienen la frescura de apellidarse hombres de orden*»; y según su propia experiencia, concluye: «*los eleccioneros de San Borondón son niños muy tiernos comparados con los burladores de aquí*»<sup>25</sup>.

En suma, José María Fernández Díaz, afiliado a una de las banderías políticas de La Palma, utiliza el mito de San Borondón como instrumento de combate personal contra sus enemigos y también para denunciar los fraudes electorales del bando político rival, con las municiones de la sátira, la ironía y la mordacidad. Y aún le queda más munición en la recámara, pues, finalmente, el viejo periodista revela que guarda manuscritas sus «memorias de la isla de San Borondón», «*delicioso país situado en el Atlántico á los 11° 33' de longitud y 28° 40' 30 de latitud del meridiano de San Fernando*» [sic]. Pero tales «peregrinidades san-borondonianas» habrán de ser publicadas sólo después de su muerte, ya que teme la reacción de quienes se creyeran aludidos en ellas... «*y cuando no me cocearan, buscarían más carga de odiosidad que echarme encima que la enorme que me han echado*»<sup>26</sup>. Al fin, el viejo luchador ha enterrado el hacha de guerra. Desea que sus «memorias» las recoja un digno paladín en el futuro, en un tiempo políticamente más propicio que el presente. Y ese relevo no tardará en producirse.

#### 4. ÉRASE UNA VEZ EL PARTIDO CARBO-CAPIROTE DE SAN BORONDÓN...

En efecto, pronto iba a emerger un digno sucesor del viejo Fernández Díaz, muerto en 1877. Su nombre: Domingo Carmona Pérez (Santa Cruz de La Palma, 1854-1906), joven poeta y periodista cuya extraordinaria capacidad para la sátira política y la mordacidad anticlerical, arropadas con ingenio en agudas e hilarantes historietas, no tiene igual en el periodismo palmero del siglo XIX (y aun me atrevería a decir en todo el Archipiélago Canario). Su fama en el terruño

25. Jota: «Sonidos/ / La elección municipal de Santa Cruz de La Palma en 1872 / Diálogo entre el quídam y don Jota», *El Clarín* n° 58, Santa Cruz de La Palma, 10 de marzo de 1872, pp. 2-3.

26. «Sonidos/ Diálogo entre el quídam y D. Jota» (Sin firma): *El Clarín* n° 61, Santa Cruz de La Palma, 20 de abril de 1872, pp. 3-4.

comienza a partir de 1879, siendo uno de los redactores del periódico republicano-democrático *La Asociación* (Santa Cruz de La Palma, 1879-1884). Alcanzará su consagración cenital en la década de 1880.

Además de colaborar como poeta en la parte literaria del citado periódico, con toda probabilidad suya fue la sección «Lo Mismo» publicada en la mitad inferior de la segunda plana (características en él las sátiras en verso y en forma dialogada), y dedicada casi en exclusiva a burlarse del bando político rival; o sea, de los liberales-conservadores. Para entonces —primeros años de la Restauración— la tradicional bipolaridad entre *cangrejos*-progresistas y *carbeneros*-moderados ha experimentado un evidente trastocamiento, toda vez que algunos prohombres o familias de ambos «partidos», con sus huestes respectivas, han pactado con sus oponentes de siempre, produciéndose un trasvase mutuo de efectivos. De manera que, hacia 1879, el nuevo y todopoderoso bando liberal-conservador, canovista, será conocido vulgarmente como los *capirotos* o *carbocapirotos*; en tanto que sus oponentes republicanos, demócratas y constitucionales de Sagasta (estos últimos en seguida se pasaron al otro lado, al integrarse desde 1881 en el turno de partidos ideado por Cánovas), serán popularmente los *jilos verdes* o *gorgojos*. A este bando político pertenece *La Asociación* y Carmona Pérez es su pluma más afilada.

Lidiando con la opresiva censura que impone Cánovas, pronto sus historias encuentran un magnífico cauce de expresión en la complicidad de San Borondón, una isla que tan pronto suplanta a La Palma cuando Carmona quiere criticar las prácticas caciquiles del partido rival, como es colocada a la vera de ésta, cual espejismo en la distancia, cuando se ironiza sobre la inconsecuencia política, el transfuguismo siempre a favor de los vientos dominantes, o se caricaturiza a las figuras liberal-conservadoras isleñas.

En la primavera de 1879, el partido *carbo-capirote*, como era de esperar, arrasa en las elecciones para Diputados a Cortes en La Palma. Desde la oposición derrotada, Domingo Carmona escenifica con maestría a los vencedores en el ritual del día después: Bernardo y Ambrosio se encuentran en San Borondón. El primero, que ha viajado a Madrid comisionado por su partido para darle la credencial al Diputado elegido por la isla, explica a su amigo sus vivencias en la capital del país. Postrado de hinojos ante su Excelencia, se presentó como el «*caballero del trancazo / encantarador sin par / discretísimo auxiliar / y legislador del Paso*», cuyo partido, aunque en minoría, le ha llevado al triunfo con mil atropellos; para acto seguido recordar a su Señoría las prebendas prometidas: honores y destinos para los amigos y cesantías para cuantos ayuntamientos, jueces y abogados les fueran hostiles en las próximas elecciones municipales en la isla. Pero el Diputado apenas si le prestó atención. Luego acudió al Congreso, donde para su sorpresa nadie le conocía, a él que tan célebre era en su terruño, pues «*en El Paso se ensalzaban mis fazañas por doquiera!*». Finalmente, intentó absorber un poco de ilustración madrileña, vistiendo a la moda y asistiendo a

los círculos culturales de la ciudad, en vano, «*porque yo en la corte entré / mas la corte no entró en mí*»<sup>27</sup>. Meses más tarde, efectivamente confirman que «*el pansista ese que tenemos en Madrid*» no tiene palabra ni influencias, ya que no han llegado las cesantías ni los «destinillos» apetecidos<sup>28</sup>.

Se prepara, pues, la elección municipal en Santa Cruz de La Palma y Domingo Carmona vuelve a introducirse en el corazón mismo del partido enemigo, allí donde se cuecen las estrategias electorales. Esta vez se inventa una zarzuela en dos actos, titulada «Nuestro Partido», «*arreglada del patagón por Don Recusandi Carbo-Capirore y representada en el teatro de la isla de San Borondón con mucho éxito*», y editada posteriormente en la Imprenta de Don Ente-Panciguagua de dicha isla<sup>29</sup>. El primer acto de la trama ocurre en un taller de herrería de San Borondón, con su fragua, yunque, martillos, tenazas, carbón, etc.; lugar par la «*fundición de los enredos / de las brujas y los miedos, / madre de la coacción*». Allí trabajan el maestro fundidor y sus muchachos, animosos y dispuestos a «fundir coacciones» para la fiesta electoral que se avecina. A pesar de saberse minoría entre «la borondona gente», confían en la victoria. En alianza con el gobernador civil y el alcalde de la ciudad, les resulta muy fácil atrapar y encerrar en la herrería al pobre Tio Sufragio. A pesar de lo cual, cuando llega el segundo acto en el Colegio electoral, la elección se torna en batalla campal. Llueven puñetazos, bofetadas, salivazos y «apretaduras en los pescuezos»; por puerta y ventanas vuelan a la calle mesa, urna, sillas y bancos; desde los balcones inmediatos las mujeres, horrorizadas, piden el auxilio de la tropa...

Después de denunciar nuestro hombre, a su manera, la farsa electoral que sustenta el sistema canovista de la Restauración, otro redactor de *La Asociación*, seguramente Victor Fernández Ferraz<sup>30</sup>, en una corta serie de artículos en prosa que sustituye durante algunos números del periódico al antedicho responsable de la burlesca sección, entra de lleno en otro de los comportamientos políticos típicos de la época: la traición a los ideales y a los viejos compromisos para situarse en cada momento bajo el sol que más calienta. Para satirizar estas con-

27. «Un encuentro en San Borondón» (Sin firma): *La Asociación* n° 18, Santa Cruz de La Palma, 20 de mayo de 1879, pp. 1-2.

28. «Lo Mismo/ En San Borondón» (Sin firma): *La Asociación* n° 36, Santa Cruz de La Palma, 18 de agosto de 1879, p. 2.

29. «Lo Mismo/ Nuestro Partido» (Sin firma): *La Asociación* n° 20, S/CP., 28 de mayo de 1879, pp. 1-2; y «Lo Mismo/ Acto Segundo» (Sin firma): *La Asociación* n° 22, S/CP., 4 de junio de 1879, pp. 1-2.

30. Aunque esta breve serie en prosa no tenga firma alguna, la lectura del periódico *La Palma*, rival de *La Asociación*, aporta indicios que permiten asignar la paternidad de la misma a este joven licenciado universitario (Filosofía y Letras y Derecho), hijo de nuestro viejo conocido José María Fernández Díaz. Su presencia en el periodismo palmero fue fugaz, toda vez que muy pronto emigró a América.

ductas Fernández Ferraz recurre también al escenario sanborondoniano, aunque ahora no estará superpuesto al espacio palmero y sí reflejado en el espejo a su lado. De la misteriosa isla parten vapores que arriban a La Palma cargados de sorprendentes inventos tecnocientíficos, debidos a un «ingenioso inventor»<sup>31</sup>, o de «curiosas noticias y objetos raros»<sup>32</sup>, que dan pie para ironizar sobre las alianzas y trapicheos entre individuos de una y otra bandera política, si bien en una escritura burlona y llena de cursivas tan comprensible para los buenos entendedores de aquellos días, como de entrada bastante ininteligible para el lector actual.

En esta misma línea crítica contra los giros de veleta en política, cabe situar el cuento satírico titulado «Fuga y arrepentimiento / Traducción de un romance fabuloso», de Domingo Carmona. Sus protagonistas son dos gatos parlantes, Micífus y Zapirón, representantes del partido sagastino «Gatuna Borondona» de San Borondón, al que confiesan haberse afiliado «*para ensanchar sus gaznates, / y engordar, y estar bien hartos*». Pero su viejo dueño, don Práxedes, ha perdido su buena posición y el buen comer se acaba, de modo que deciden cambiar de amo y se presentan al nuevo ídolo, don Federico: «*nosotros somos de una borondona aldea / que queda allende los mares; / y fieles á las ideas / que están en nuestras barrigas, / a implorar vuestra clemencia / venimos, por que don Práxedes / no tiene más que miseria, / y mal puede darnos algo / cuando es nada su influencia*»<sup>33</sup>.

Un buen día, cuando «*por fin llegó el misterioso vapor de la no menos misteriosa isla de S.Borondón, con verdadera ansiedad esperado y con júbilo recibido por todos los habitantes de estas tierras*», dado «*lo extraordinario de los descubrimientos, la inmensa variedad de curiosas curiosidades, la importancia y trascendentalidad de las noticias*» que suele traer, desembarcó nada menos que el mismísimo Cervantes para asombro de los palmeros<sup>34</sup>.

El ilustre escritor había sido encontrado en una lóbrega cueva subterránea de San Borondón por un equipo de arqueólogos de aquella isla. Se conoce que «*superior a su gloria no había muerto, sino que había estado allí como si dijéramos enterrado en vida, sometido á la maléfica influencia del encantador Merlin*

31. «Lo Mismo» (Sin firma): *La Asociación* nº 39, Santa Cruz de La Palma, 3 de septiembre de 1879, p. 2.

32. «Lo Mismo» (Sin firma): *La Asociación* nº 40, S/CP., 8 de septiembre de 1879, p. 2.

33. «Fuga y arrepentimiento / Traducción de un romance fabuloso» (Sin firma): *La Asociación* nº 109, S/CP., 18 de septiembre de 1880, pp. 1-2; y nº 110, S/CP., 24 de septiembre de 1880, p. 2.

34. «Lo Mismo» (Sin firma): *La Asociación* nº 42, S/CP., 18 de septiembre de 1879, p. 2. El autor de esta ingeniosa sátira en prosa es Víctor Fernández Ferraz y, como se ha dicho, forma parte de su serie de los vapores sanborondonianos.

por espacio de 263 años». El mago Merlin, al ver así violado el secreto de su misteriosa existencia y de sus diabólicos conjuros «en la silenciosa y negra mansión de la Noche [...] súbito desapareció, dejando tras sí un inmenso rastro luminoso donde cabalgaban sin duda invisibles diablos y demonios, á juzgar por el incesante chisporroteo y el marcado olor de azufre de la ígnea columna».

Con toda probabilidad, este Cervantes, que aparece muy desmejorado por el paso del tiempo, siendo ahora un viejo pequeño y rechoncho sin la maestría literaria de antaño, es la caricatura de algún líder político liberal-conservador isleño. El excepcional comité de bienvenida de las «personas de valer» del partido *Carbo-Capirote* también es objeto de burla caricaturesca, constituyendo la comitiva sanborondoniana que acompaña al venerable viajero<sup>35</sup>.

## 5. LA ISLA ENCANTADA SE SUMERGE EN LAS AGUAS DEL OLVIDO

Si en las décadas de 1860 y 1870 fue considerable la presencia de San Borondón en la prensa palmera, a partir de entonces cayó en un olvido casi total. Apenas si estuvo de un modo breve, aislado y poco significativo en algunos periódicos de los años 1880, desapareciendo definitivamente en la década siguiente (siempre con las reservas ineludibles ante la pérdida parcial o completa de algunas colecciones de periódicos). Una de estas escasas referencias, por ejemplo, es una gacetilla de *Aseró* en 1886 donde se hace una caricatura a un vice-alcalde de pueblo<sup>36</sup>.

Curiosamente, la última referencia a San Borondón que he podido encontrar en la prensa palmense del siglo XIX, parece remitirnos al que fuera su inicia-

35. También desembarcan unos «caricatos de farsa», unos «pájaros graciosos», unas «seseras de agua inventadas por Victor Hugo», «una recua de marranos y muchos asnos», un loro que repite sin cesar «*risum teneatis*», etc. Cfr. «Lo Mismo» (Sin firma): *La Asociación* n° 43, S/CP, 23 de septiembre de 1879, p. 2. Estas caricaturizaciones de los Capirotes prosiguen en números posteriores del periódico: «Lo Mismo/ Felices días» (Sin firma): *La Asociación* n° 61, S/CP, 28 de diciembre de 1879, p. 2; «A un amigo de S. Borondón» (Sin firma): *La Asociación* n° 97, S/CP, 12 de julio de 1880, p. 2.

36. «Don Manuel Legumbre, primer Teniente de Alcalde del M.I.A. de San Borondón, está llamado á hacer una revolución en las leyes municipales de todo el Orbe. Si accidentalmente toma á su cargo la dirección de los destinos de aquella desgraciada isla, se retuerce los mostachos, empuña el bastón de borlas, sale al público, le arenga, le grita con burdo lenguaje y mientras dura su pesado mando los vecinos de S. Borondón emigran como lo hicieron los de la Península en el pasado año huyendo del cólera [...] El día que los Borondonenses tengan que lamentar la pérdida de su D. Dámaso le erigirán una estatua sobre los cuatro cascós de un asno». Cfr. «Gacetilla General» (Sin firma): *Aseró* n° 18, Santa Cruz de La Palma, 8 de agosto de 1886, p. 2.

dor, Antonio Rodríguez López, quien quizás sea el autor de la «Carta de Sancho a Sánchez / San Borondón» para el periódico liberal *El Convenio* (1890)<sup>37</sup>. La similitud con la serie de las bachillerías para *El Time* es indudable, tanto en los aspectos formales (el nombre del personaje, la clara influencia del Quijote), como también en su finalidad, pues pretende «descubrir» *«algo de lo que pasa por esta isla de San Borondón [...] decir algo y tal vez mucho, acaso más de lo que convenir pueda a este país y a esa isla de La Palma»*.

Mas, por desgracia, no pudo cumplir la promesa de una segunda carta —«*que no se hará esperar*»— en la que se disponía a entrar en materia. Un par de números más tarde, el periódico dejó de publicarse y nunca llegó la continuación. Al fin y al cabo, a finales del siglo XIX la época romántica en La Palma iba quedando atrás y la leyenda sanborondoniana se desmoronaba por completo. De ahí la palabras de Sancho a su amigo Sánchez al hablar de San Borondón: «... *isla situada en la región de lo desconocido y encontrada y vista por la fantástica fantasía de nuestros morigerados antecesores que lo mismo veían transitar una legión de brujas, de hechiceros y de almas en pena por el barranco de Aridane y el Seco en esta isla, que surgir de las intranquilas aguas de este intranquilo mar, como diría un romántico poeta, esta San Boroniana isla*».

37. Sancho: «Variedades/ / Carta de Sancho a Sánchez / San Borondón», *El Convenio* n° 9, S/CP, 11 de julio de 1890, p. 3.